

## 8. Por qué y para qué hacer lingüística cultural

Resumiendo, y simplificando mucho, la lingüística se centra en las siguientes actividades científicas: descubrir, analizar, sistematizar y explicar. Los *descubrimientos* lingüísticos nunca alcanzan la resonancia de los que se producen en genética, física, química, incluso historia. Pero para la disciplina tienen importancia indudable. En un momento dado se «descubrió» lo que se dio en llamar ergatividad o evidencialidad o diferencia entre aspecto y tiempo; en el siglo XVIII se descubrió el estrecho parentesco entre el sánscrito y las lenguas europeas, comenzando así el estudio histórico y genético de las lenguas en sentido pleno; en el XIX se vieron las, a primera vista incomprensibles, correspondencias entre las consonantes de las lenguas germánicas y las de otras lenguas indoeuropea (*fish-piscis*, p.ej.), y un largo etcétera. El análisis es imprescindible, porque un fenómeno que descubrimos puede ocultar o desvelar muchas cosas que solo el análisis exhaustivo puede sacar a la luz. Por ejemplo, las diferencias entre los tonos del chino mandarín y otras lenguas chinas, debidas en el primero de los casos a la pérdida o transformación de consonantes finales: tal como se reconstruye el chino antiguo, este carecía de tonos inicialmente. Una lista exhaustiva de descubrimientos y sus análisis correspondientes hace ver a cualquier interesado en la disciplina que sus actividades no son siempre oscuras y carentes de trascendencia.

Tras el descubrimiento y el análisis llega la sistematización, como integrar el ergativo en el conjunto de casos (declinación) de las lenguas que lo poseen, así como establecer sus relaciones con otras formas de la lengua, como los verbos o las estructuras sintácticas. Un estudio lingüístico nunca puede ser un simple catálogo de formas, rasgos o fenómenos, por muy interesantes que puedan parecer, si no se ven en un marco unitario.

La fase final es la explicación, que en la lingüística contemporánea ha pasado a ocupar un indudable primer puesto. De hecho, las diferencias entre escuelas y modelos se centran en la forma de explicar los fenómenos. La mayoría de los intentos de explicación son de carácter interno: el sistema de la

lengua se supone que es capaz de provocar cambios, modificaciones, reasignaciones y reinterpretaciones, sin necesidad, aparentemente, de echar mano de nada exterior a la lengua misma, aunque en bastantes casos todo puede deberse a la actuación de principios cognitivos universales a nivel individual. Pero, sobre todo, sin necesidad de apelar a la cultura ni la interacción.

Aquí (pero también antes) puede entrar en acción la lingüística cultural, buscando explicaciones de los fenómenos lingüísticos en las circunstancias culturales e histórico-culturales. En momentos anteriores del desarrollo de la lingüística se rompió la práctica de buscar explicaciones puramente internas al sistema de la lengua (computacionales, sintácticas, morfológicas, fonológicas) para encontrarlas en la pragmática o el texto y el discurso. Estas perspectivas, sin embargo, no conectaban directamente con la cultura, aunque se aproximaban a ella: muchas en la microsociología, en rituales socioculturales muy limitados (como las invitaciones a compartir una bebida culturalmente significada). Desde un punto de vista extremo y contrario, se veía a veces en la lengua una especie de genio mágico al que se denominaba, precisamente, *genio de la lengua*, que era responsable de su funcionamiento y sus cambios; entonces estaría directamente relacionada con una cultura «a lo grande», como la *cultura hispánica*, la rusa o la china, por no hablar de la anglosajona. A lo largo de las páginas de este libro encontramos ejemplos de supuesta explicación de todos esos tipos.

La explicación cultural pretende reunir lo específicamente cultural, siempre con su intrínseca diversidad y variación, con fenómenos lingüísticos. Por ejemplo, en Bernárdez (2019b) se muestra, en el marco del cambio lingüístico como proceso complejo, que diversas estrategias se han aliado para satisfacer lo que parece ser una necesidad comunicativa cultural de enorme importancia en Islandia. No en la del siglo XXI, pero sí en tiempos anteriores, que han conformado la estructura del idioma tal como es hoy. Esa necesidad consistía en ser siempre lo más preciso posible, para uno mismo y los demás, en un entorno que muchas veces impedía la visibilidad de los sucesos, de modo que había que depender de lo que otros contaban, por haberlo visto o haber oído hablar de ello, pues de ello podía depender el éxito de un viaje, incluso a no mucha distancia, un parto o incluso la vida. El entorno impone unas necesidades y unos peligros, enfrentarse a ellos no es solo cuestión individual, pues la cultura establece unos firmes lazos de interrelación y empatía. La necesidad de buscar una solución adecuada llega a hacer que se modifiquen elementos lingüísticos, como ha sucedido, por lo demás, en muchas otras culturas y lenguas

de diversas épocas. Algunas de estas formas de explicación se encuentran reflejadas en las páginas de este libro.

Otro aspecto del estudio lingüístico que no suele mencionarse, porque todo el mundo lo reconoce, en privado, eso sí, como poco favorable, es el concepto de lenguaje que utilizamos y en el que nos basamos. Porque ningún modelo lingüístico ha intentado nunca, en ningún sitio, atender a la totalidad del fenómeno lingüístico. Cada escuela o modelo se centra, habitualmente en exclusividad, en un aspecto concreto, que suele considerar (y declarar) el único válido, científicamente o para los usos concretos del modelo en cuestión. De ahí que apenas exista interrelación entre escuelas, y que los resultados de un modelo carezcan de interés o relevancia para modelos diferentes. Existen algunas escuelas más abiertas, naturalmente, entre las que podemos señalar los estudios del discurso o el texto, la pragmática y la lingüística cognitiva.

Pero una lingüística cultural es, por definición, una empresa abierta. La cultura no es solo una forma de actuar verbalmente o de otra forma, de forma que tan cultural es el recitado oral de narraciones como la utilización de la música en unión a elementos lingüísticos. Todo lo que sea reconocible como integrante de una cultura dada puede servir, dadas las condiciones científicas imprescindibles del estudio, para (contribuir a) explicar uno o más fenómenos lingüísticos.

Esas condiciones científicas son fáciles de entender en una tendencia de estudio como esta. Se resumen en lo siguiente: conocer la lengua en cuestión a un nivel suficiente para poder acceder a los datos sin depender al ciento por ciento de lo que hayan podido comentar otros especialistas; aunque, naturalmente, los trabajos previos son imprescindibles, como siempre. El lingüista puramente monolingüe en inglés o bilingüe en su propia lengua y el inglés, está bastante fuera de lugar en una actividad así. Además, es preciso un conocimiento de la cultura de que se habla. Lo mejor es que el conocimiento sea directo, como sucede con la lengua, aunque no se pueden desdeñar de ninguna manera los trabajos de antropólogos o antropólogos lingüistas especializados. Lo que ya no es posible es limitarse a ejemplos aislados, procedentes de la intuición propia o ajena. La lingüística cultural, como la pragmática o los estudios del discurso, es una disciplina empírica. Sin información adecuada sobre los aspectos lingüísticos y culturales que se quiere poner en juego, es imposible hacer una lingüística cultural con sentido.

Un último elemento es ¿qué lengua? Desde hace muchos decenios se acepta que tiene que ser la lengua hablada la que ha de constituir el núcleo de la investigación lingüístico. Sin embargo, la realidad es que prácticamente siem-

pre, el objeto de estudio ha sido la lengua escrita (y en la inmensa mayoría de los casos, estándar). Incluso al usar datos orales, estos se adecuan a las condiciones de la lengua escrita. En ello incidió, por ejemplo, Juan Carlos Moreno Cabrera (2003, 468), afirmando, en relación con el estudio histórico-tipológico, que «[l]a consideración de la lengua escrita como medio de clasificación tipológica de las lenguas ha sesgado de modo muy pronunciado los criterios que se siguen para decidir cuándo una lengua es predominantemente sintética o analítica desde el punto de vista morfológico». Un libro entero dedicado al tema en la historia de la lingüística y en los modelos recientes, es Linnell (2005). De modo que, aunque se diga que el objeto es la lengua hablada, en realidad es la escrita la que ocupa el centro de atención, y ello desde los inicios de la lingüística, sea en Grecia, Roma, el mundo árabe, India o China. (cfr. Bernárdez 2008a, 2017b). Y es que la descripción de las lenguas empezó con el objetivo de fijar la *cultura escrita*.

La lingüística cultural intenta evitar en lo posible (¡contra la fuerza de la tradición!) esa silenciada primacía de lo escrito. El uso de fuentes populares, de textos étnicos, como mitos orales, relatos igualmente orales, etc., hace que sea más fácil mantener los pies sobre la tierra.

Una palabra final. Naturalmente, este libro refleja el interés de los autores por la visión cultural de la lingüística, y pensamos que puede ser extraordinariamente fructífero el estudio lingüístico cultural. Sin embargo, no pretendemos exclusividad alguna, no decimos ni pensamos que los demás modelos sean inútiles, ni mucho menos. Sobre todo los estudios funcionales y, muy en especial, los cognitivos, guardan una indudable relación con conceptos, métodos, herramientas y objetivos de la lingüística cultural.